

Mitos, sueños y tauromagia

*Fernando Sánchez Dragó**

Sorprende la conservación del toreo, no como un espectáculo meramente folclórico, sino como algo vivo. En cierto sentido, se trata del mayor anacronismo de la historia del mundo. En este momento se mantienen numerosas festividades arqueológicas, como lo puede ser el Palio de Siena, pero son fiestas donde la gente se disfraza. Algo muy distinto sucede con los toros, letra viva de la sociedad. Jung decía que cuando un ser humano está delante de un símbolo arquetípico, aunque éste proceda de una tradición religiosa, espiritual o cultural distinta, experimenta una emoción a veces inexplicable. Un ejemplo de las reacciones promovidas por el arquetipo taurino lo hallamos en un medio tan frío como la televisión, donde es muy difícil exaltarse, pues no lo consienten el presentador del programa, ni los focos ni el minutaje. Pues bien, cuando sale a colación el tema de los toros, se desatan las pasiones. Y esto sucede porque nos encontramos, indudablemente, ante un arquetipo.

Vaya por delante que el toro es un arquetipo de los pueblos ibéricos o, todo lo más de los pueblos mediterráneos o, si nos vamos muy lejos, de los pueblos atlantes. No olvidemos que la primera descripción de una corrida de toros está en el *Critias* y en el *Timeo*, esos diálogos de Platón donde se nos dice que los diez reyes de la confederación atlante se reunían una vez al año para dirimir los problemas de su alianza. Y el filósofo ateniense, que había recibido estas informaciones vía Solón, a través de los conductos herméticos del Antiguo Egipto, nos dice literalmente que para celebrar este acontecimiento organizaban los atlantes una ceremonia durante la cual el matador, trapo en mano, degollaba a una res luego de capturarla con arreglo al ritual programado. Huelga añadir que, al detallar semejante liturgia, Platón está describiendo, ni más ni menos, una corrida.

Téngase en cuenta, además, que la fiesta de los toros es una *opera aperta* en la cual confluyen numerosos motivos esotéricos y no esotéricos del inconsciente colectivo. Por ejemplo: la fiesta reproduce el esquema del laberinto. No en balde Teseo se adentra en el laberinto de Knossos para enfrentarse al Minotauro, un ser que simboliza las pesadillas del subcons-

* *Escritor y ensayista.*

ciente y, en definitiva, el espíritu del mal. Pues bien, al igual que el recinto donde se atrinchera el Minotauro, también el coso es un laberinto, dividido como está entre la andanada, la grada, los tendidos, la barrera, la contrabarrera, el callejón, los burladeros, el centro. Por ello, en la medida en que el laberinto es un arquetipo de todos los pueblos de la tierra, yo creo que cualquier persona, al margen de su origen ibérico, puede tener acceso a ese mundo mágico de la tauromaquia.

Otro motivo recurrente en la lidia es el sexo. Muchos toreros se enfadan conmigo cuando yo les digo que una de las grandes explicaciones de la corrida de toros es de carácter erótico. Pues bien, no soy el único en sostener tal argumentación. Ángel Álvarez de Miranda señala que la capa era inicialmente blanca; ésta se fue tiñendo de rojo como reflejo de la costumbre de exponer las sábanas de la reina o la princesa recién casadas para demostrar al pueblo que su matrimonio se había consumado, con lo cual habría descendencia y, por lo tanto, la dinastía tenía asegurada su continuidad.

Cuando el diestro sale a la plaza es *yin*, mujer. Lleva cinturita estrecha, luce lentejuelas en su atavío, usa zapatos femeninos y además se contonea, se pavonea, abre la capa. Por el contrario, el toro es *yang*, es la fuerza viril, el macho por antonomasia. Luego, a lo largo de la corrida, en esta especie de bodas entre el cielo y el infierno, se va consumando una transformación. Al entrar en contacto con la bestia, el torero va convirtiéndose en macho, al tiempo que el toro pierde su fuerza y se vuelve hembra. Cuando llega la hora de la verdad, el diestro ha de introducir un falo –la espada tiene forma fálica– en el hoyo de las agujas, un espacio con forma de triángulo isósceles, el símbolo del sexo femenino desde la noche de los tiempos. Al final, si el falo entra debidamente y alcanza el punto «G», el toro cae despatarrado y se rinde. Como sucedía con el esquema laberíntico de la plaza, no hay duda de que esto también es un arquetipo universal, comprensible para cualquier persona.

A este respecto, es muy curioso comprobar cómo en América la fiesta de los toros ha sobrevivido únicamente en aquellos países con fuerte carga indígena, caso de Colombia, Ecuador, Perú, México y Venezuela. En cambio, en el Cono Sur, en países donde el fondo indígena fue prácticamente exterminado y hace siglos que dejó de existir, no hay fiesta de toros. La explicación hay que buscarla en el hecho de que el inconsciente colectivo de aquellas civilizaciones precolombinas estaba unido, a través de la Atlántida, con el de los pueblos ibéricos. Tras la llegada de los españoles, quedó en evidencia el maridaje entre ambas mitologías. Como ilustración de este proceso, vamos a mencionar una fiesta increíble, durísima, brutal, celebrada todos los años, el día de Corpus Christi, en Perú. Ese día, en una locali-

dad andina, por la mañana, de forma que la apoteosis de la fiesta coincida con las doce del mediodía, la gente asiste a la plaza para presenciar un singular espectáculo durante el cual se enfrentan un cóndor, animal totémico de los conquistados, y un toro, animal totémico de los conquistadores. Al toro le ha sido desgarrado el lomo hasta dejárselo en carne viva, y al cóndor se le ha cegado y atado al bóvido. El espectáculo consiste en ver cómo el burel intenta desembarazarse del ave rapaz, mientras ésta va rascando, excitada por la sangre, hasta que alcanza el corazón o algún otro órgano vital. Tras el combate, el toro muere siempre. Los asistentes, ataviados como los antiguos incas, emprenden luego una peregrinación, llevando en andas al cóndor hasta un precipicio sagrado. Allí, contra el sol del mediodía, el cóndor es liberado, pero cuando echa a volar, comprende que está ciego y que ya no podrá sobrevivir. En ese instante, se deja caer hasta estrellarse contra las piedras del fondo. En clave simbólica, la muerte de ambas criaturas totémicas expresa el nacimiento de esa nueva realidad histórica, política y cultural que llamamos Iberoamérica. Lo cual equivale a una fantástica formulación del mestizaje. Así cobra sentido la evidencia de que cosas de este jaez conforman nuestra estructura psicológica. Y no desaparecerán, pese a la continuada presión de lo laico.

Uno de los elementos que han contribuido al mantenimiento de la lidia, a contrapelo de los tiempos, es su lenguaje críptico, al cual sólo tienen acceso los iniciados. Cuando es creado un lenguaje semejante, esa actividad tiende a sobrevivir, como han sobrevivido determinadas sectas iniciáticas, pues la expresión críptica, muralla infranqueable, defiende su espacio de los ataques de la profanidad.

Probablemente la faceta simbólica de la tauromaquia no se conserva en la actualidad con la misma fuerza, pero esto es una corriente subterránea. Siempre he sostenido que el aficionado a los toros no sabe por qué acude a los festejos. Hay algo subconsciente que lo arrastra. Ni siquiera en época de menos corruptelas y alharacas ha tenido la mayor parte de taurófilos conciencia de que cuando acude a los toros, no está viendo un espectáculo deportivo, cultural o artístico, aunque haya en la fiesta una parte de deporte, una parte de cultura y una parte de arte. En realidad, está viendo fundamentalmente una misa mayor, la misa mayor de nuestros orígenes, la misa mayor de los pueblos iberos. Esto la gente lo lleva dentro por genes, por *karma*, por el inconsciente colectivo, pero sólo una minoría de aficionados que ve los toros de forma lúcida es consciente de esa realidad. Desde ese punto de vista, qué duda cabe de que toda esta aureola profana, laica, que en estos momentos rodea la fiesta, menoscaba un tanto esa vivencia interior, pero yo creo que, en lo fundamental, el aficionado acude arrastrado